

LA POÉTICA ALUCINANTE DE NORMA BAZÚA

Enrique González Rojo

Me parece no sólo importante sino esencial que todo poeta, al hallarse en pleno ejercicio de su madurez creativa, detenga momentáneamente el paso, dirija la mirada hacia atrás, eleve a primer plano el espíritu crítico y lleve a cabo una antología de su creación poemática. La decisión de hacer un **florilegio**, como antes se decía, de la propia producción, obliga al autor a separar los poemas de su cosecha en dos pilas contrapuestas: las de los imprescindibles y la de los prescindibles, la de los que no han envejecido y el poeta sigue considerando como portavoces de su personalidad y la de los que, en algún aspecto, han perdido la eficacia que el creador les atribuyó en el pasado o en el entusiasmo generativo del alumbramiento. Tengo la impresión de que, en general, aunque las excepciones no dejan de jalarme la manga, el poeta que lleva a cabo la antología de sus propios poemas es más atinado que el crítico o cualquier **otro** que se empeña o se vea obligado a hacer tal cosa, porque él más que nadie sabe reconocer o deslindar con mayor penetración y justeza las encarnaciones líricas de su idiosincrasia y las devaluadas y hasta ruinosas pretensiones de lo falso.

La reflexión anterior me ha venido a la mente durante la lectura de **Con lazarillo sobre páginas blancas** de Norma Bazúa, que es una selección de poemas de diversos de sus libros –el más viejo **De ser, amor y muerte** de 1958-1960- hecha por ella misma. La poeta no presenta los poemas cronológicamente, porque su criterio de selección no es ir del pasado al presente, como se hace de común en las antologías. La intención de nuestra creadora me parece que es precisamente lo opuesto: no quiere que la datación de un poema conduzca a la idea, tantas veces ficticia, de que las diferentes obras son los peldaños hacia la madurez lírica. La verdadera realización poética puede darse donde y cuando sea: en el pasado, ahora mismo o el día de mañana.

Tan importante como esta manera de seleccionar sus poemas – quitándole el micrófono a maese el tiempo- es el inquietante título que emplea Bazúa para encabezar su antología. No sé si me equivoque, pero mi interpretación de aquél corre en este sentido: los grandes poetas –y Norma es uno de ellos- tienen siempre frente a sí el reto de la hoja en blanco. Hay que adentrarse en ella y caminar por sus litorales, buscar la arquitectura invisible

de la creación, sembrar en sus renglones lo que después se cosechará en los ojos del lector. Pero frecuentemente, por otro lado, se está ciego, se anda a tientas y puede uno tropezar con lo que sea, incluyendo el fracaso. Es necesario, entonces, tener a la mano un lazarillo, alguien que resucite nuestros ojos y desentumezca nuestros pasos. ¿Quién puede ser este lazarillo? ¿Quién orienta a Norma tan afortunadamente en los inhóspitos derroteros de la página en blanco? Yo tengo para mí que es ese estado de ánimo exaltado, devorador y astuto, al que damos habitualmente el nombre de inspiración.

La inspiración de Norma hace de las suyas a lo largo y a lo ancho de este texto. La lectura de la mayor parte de los poemas que forman el libro es un viaje a la sorpresa, un ascenso al imprevisto mundo de una fantasía hecha de sonidos y miradas. Uno de los primeros asombros que provoca interiorizarse en los jardines de esta poesía es el papel que juega la palabra, o el palabrarío, en la concepción estética y en la práctica poemática de Bazúa. La palabra es tan de nosotros, o tan del poeta, que termina por estar humanizada, y nosotros los humanos, los habladores, dependemos de tal modo del lenguaje que estamos “palabrizados”. Si tomamos en cuenta esto, se comprende perfectamente por qué “Cuando murió mi padre/ no tuve palabras a la mano/ para llorarlo”. O la confesión de que “La palabra que tuve en la punta de la lengua/ era casi mi hermana” o cómo, en un estremecedor delirio de grandeza, “Hago de Dios y río feliz por la coherencia del universo en verbo”.

La vida íntima de un poeta es una ficción. Por más que el afán de privacía trate de ponerle cortinas a su casa de cristal, los rayos de luz que emanan del comercio con las musas ridiculizan los velamientos y sacan de su escondrijo (claro es, esencializado) lo encubierto en el arcón de los pudores. La poesía de Norma nos abre la puerta al **jardín cerrado** (Emilio Prados) o al círculo sin fisuras de su intimidad y, en descuidando lo prohibido, nos obliga a dar de pies a boca –quíéranlo o no la poeta y sus lectores- con los avatares de una biografía. Esta es la razón por la que el presente texto puede ser calificado de florilegio de confidencias o de páginas sueltas de un diario íntimo, porque Bazúa es la Norma interior de sus palabras.

Pongamos el ejemplo de la muerte. Nada más íntimo, más personal, más propio, que la forma en que uno carga a costas su muerte. Nuestra poeta parece, por un lado, tener la audacia de resignarse a lo finito, a la ecuación inexorable de lo efímero, como cuando nos habla de “los pasos desprejuiciados de infinito”, pero después, tras de entrar en “combate con las

sombras hostiles”, hay en ella el numinoso sentimiento del más allá o, lo que tanto vale, la inocultable rebelión contra la muerte, como lo deja ver en este verso granítico: “el último gruñido de la ira se da a enterrar sudarios”. ¿Qué hay en esto cierta ambigüedad? Pues claro. La contradicción no es sólo el nervio de lo natural, sino también de la intimidad desnuda o del hondón del alma.

Otra dimensión de esta poesía lo da el amor. Pero aclararé las cosas. No sólo el amor que se dasata del “fardo del instinto”, que recomienda el “recorrido sabio de la caricia” o que, expresándose como deseo, hace a la poeta enviar “en un barco fantasma el hambre de tenerte”; también el amor, todo espíritu y anhelo, que lleva a nuestra poeta a “emplumarme de nuevo el costillar/ que pide a gritos de emergencia/ el vuelo”. Lo importante del amor – que es “el sueño de que todo es posible”-, es hallar a dos “en estado de gracia”...y correr el riesgo. Y correrlo porque “Qué triste historia,/ ésta del juego rutinario del amor desamor”. El amor, en efecto, es un trance riesgoso porque a la vuelta de sus gloriosas espirales puede hallarse el fracaso, el olvido, la separación y hasta la guadaña antropófaga que pone límites a nuestras pretensiones. “Este amor mío experto en lejanías”, dice Norma, y lo dice porque sabe al objeto de su amor “mutilado ante el oficio de ser mío”. Ciertamente que vivir al lado de este amor otorga “intención de infinito”, pero hoy, “cuando el insomnio hace de las suyas”, la poeta se ve obligada a renunciar “al oficio lapidario de amarte”, a tomar “tu silencio de la mano” y a reconocer, en palabras que son llanto, que “las mariposas que me diste tienen alas secas”.

Insisto: detrás de la poesía está la vida. Esto es evidente no sólo en los escritos que hacen de aquélla, o de tal o cual acontecimiento, el objeto de su poetizar, sino también en los que, en las entretelas de su origen último, tienen la insólita pretensión de encomendar al juego preciosista de las formas la denegación del hombre. Norma no tiene el menor problema para hacer de su biografía el personaje central de su acción creativa. No ignora, sin embargo, el peligro de convertir la lírica en un manual de intimidades, con la doble consecuencia de vulgarizar la escritura y trivializar la emoción. La astucia de Norma para evitar estos peligros es algo que, aunque sencillo, implica gran sabiduría. El secreto consiste, para decirlo pronto, en sacar a flote su vida, pero prohibirse lo anecdótico. Pero hay algo más. Inspirarse en lo que se ha vivido no es garantía de nada. Quien va por este camino, tiene que convertir lo acaecido y vivenciado en arte, en este estado complejo, y a lo mejor indefinible, de la realización poética. Y aquí es donde Norma Bazúa asombra

por su envidiable talento para espigar los aspectos poéticos de la vida cotidiana.

Pondré algunos ejemplos. Muchas personas pueden recordar a su madre bordando. Pero sólo un poeta nos dice: “sobre el poyo de la ventana abierta/ donde nuestra madre empezaba a bordarnos futuro”. Quién no rememora la vida familiar y la influencia en uno del medio ambiente. Pero sólo un poeta apunta: “tuve una familia/ hecha y derecha/ una casa cerca del mar/ que todavía guardo el batiente de las olas entre mis costillas”. Todos hemos sentido en algún momento el deseo de no morir del todo, de sobrevivirnos. Mas sólo un poeta canta: “Bramo preñada de infinitos”. Cuántos se quejan de la pérdida de la alegría. Pero sólo un poeta acuña este verso: “el ejercicio de reír se me atasca”.

No puedo terminar esta introducción sin hacer notar que la técnica poética utilizada por Norma responde perfectamente a su intención expresiva. Salvo un puñado de sonetos –donde la autora rinde culto al molde de Petrarca y Garcilaso- predomina en esta antología el verso libre. Pero no el verso libre en su definición académica –como un verso sistemáticamente irregular y sin rimas externas e internas-, sino el verso en que **libremente** puede expresarse la poeta. Bazúa conscientemente se deslinda del verso clásico y de la mazmorra inútil que representa de común. De ahí estos versos con un inocultable dejo burlón: “Fui y le hablé de tú a la rima huera/ le falté al respeto al verso medido con metro de jerga/ Por eso me río de la palabra vana en juego de métrica”. A Norma, como a todo verdadero poeta, no le interesa la sintaxis exigida por la dictadura de la gramática, sino la sintaxis de su emotividad personal. Esta es la razón que la lleva a puntuar como le place, a inventar palabras, a escudriñar expresiones, a torturar el lenguaje hasta obligarlo a decir lo que oculta en las entrañas. Norma se propone “parir el verbo en presente de metáfora” y bien que lo logra. Su poesía es, por todo esto, y por muchas otras razones que se me quedan en el tintero, una de las voces poéticas más importantes, imprescindibles y señeras del país. Hay que reconocerlo de buena vez. Es imperioso y urgente. Su lectura es no sólo recomendable, sino imprescindible.